

Esto pasaba de raya. Con toda evidencia: aquel indiferentismo era afectación.

## VIII

Penetramos en el patio grande de la cárcel; en un ángulo de la izquierda, junto á una puerta entornada, tuvimos que aguardar á que nos llamasen. Después nos hicieron entrar en una pieza alta y estrecha; estaba vacía, excepto un taburete cubierto de cobre y colocado en medio.

—Aquí es donde se hace el último tocado del reo—me dijo al oído M. Du Camp.

No todos nuestros amigos nos habían acompañado. Contando el comandante, M. Claude y el sacerdote, éramos diez.

Durante los dos ó tres minutos que

pasamos en aquella estancia, asistiendo á algunas formalidades de papeles, cruzó por mi mente por última vez el sentimiento de que no teníamos derecho á hacer lo que hacíamos, el sentimiento de que asistíamos con una gravedad simulada al asesinato de uno de nuestros semejantes, que todos representábamos una mezquina é ilegal comedia.

M. Claude nos hizo seña de que le siguiésemos por un largo corredor enlosado, alumbrado por dos lamparillas; y á partir de ese instante ya no supe nada, á no ser que en seguida, en aquel momento, dentro de un segundo iba á suceder algo terrible.

Después de haber subido dos escaleras, atravesado otro pasillo y bajado por una escalerilla de caracol, nos encontramos delante de una puerta de hierro... ¡*Ahí está!*

El carcelero dió vuelta con precaución á la llave dentro de la cerradura.



Abrióse la puerta sin que rechinasen los goznes y sin ruido; sin proferir ni una palabra, entramos en una pieza ancha, de paredes amarillas, ventanas con rejas; había allí una cama deshecha, pero vacía. La luz igual de una lamparilla iluminaba bastante bien todos los objetos.

Iba yo el último, y recuerdo que cerré involuntariamente los ojos; pero no tardé en ver, bastante cerca de mí y á un lado, una fisonomía joven, de cabello y ojos oscuros. Moviase con lentitud, de izquierda á derecha, y nos examinaba «con un mirar sostenido y vago».

Era Troppmann.

Se había despertado antes de que llegásemos; y le encontramos sentado delante la mesa, en la cual acababa de escribir una carta de despedida á su madre. Esta carta era insignificante.

M. Claude se quitó el sombrero y se aproximó al preso.

—Troppmann, dijo con voz seca, baja é inflexible:—hemos venido á decirle que le ha sido negado el indulto y llegó la hora de la expiación.

El sentenciado levantó hacia él los ojos: habían perdido su mirada de vaga fijeza. Le contempló con aire tranquilo y aún adormilado, sin decir una palabra.

—¡Hijo mío!—exclamó el sacerdote con voz sorda, acercándosele por el otro lado.—¡Valor!

Troppmann le dirigió la misma mirada que había dirigido á M. Claude.

—Bien sabía yo que no tendría miedo,—dijo con voz firme M. Claude;—ahora que ha soportado valeroso el primer choque, respondo de él.

Hubiérase dicho que era un profesor halagando á su discípulo en los exámenes, para animarle.

—¡Oh! no tengo miedo,—le respondió el reo;—no tengo miedo.



Tenia una voz de barítono, joven y agradable, muy igual.

El sacerdote sacó del bolsillo un frasco:

—¿No quiere V. tomar un poco de vino, hijo mio?

—Gracias, no lo necesito,—replicó Troppmann, haciendo un semi-saludo cortés.

M. Claude le dirigió la palabra:

—¿Persiste V. en declarar que no es reo del delito por el cual se le ha condenado?

—Yo no he herido.

—Pero...—dijo el director.

—Yo no he herido.

—¿Y afirma V. que tiene cómplices, los cuales fueron los causantes de las heridas?

—Sí, lo afirmo.

—¿Quiere V. nombrarlos?

—No puedo... y no quiero. ¡Sí, no quiero!

Su voz hacíase amenazadora. Se le

puso encarnado el rostro, y pareció estar á punto de encolerizarse.

—Bien, bien...—se apresuró á decir M. Claude para tranquilizarle, dándole á entender que ese interrogatorio sólo era una formalidad, y que ya era tiempo de pasar á otra cosa.

Sí, bien pronto se iba á comenzar el tocado.

Antes de esta lúgubre ceremonia, había que hacer algunos preparativos. Se acercaron al preso dos carceleros y pusiéronse á quitarle la camisa de fuerza, especie de blusa azul de tela burda, cerrada á la espalda con lengüetas y hebillas, y provista de largas mangas cerradas como sacos y cuyo extremo estaba atado á la cintura con bramante fuerte (1).

(1) Es de suponer que la camisa de fuerza se la habrían puesto un rato antes; tén-gase en cuenta lo de la carta para su madre.  
—N. DEL T.



Troppmann estaba á dos pasos de mí, de costado. Pude observar su rostro á mis anchas. Hubiera podido encontrársele guapo, á no estar desfigurado por la boca prominente y desagradable, en forma de embudo (como la de las bestias feroces) y que dejaba al descubierto unos dientes negros y separados, dispuestos en forma de abanico. Sus oscuros cabellos eran abundantes y ligeramente ondulados, largas las cejas, expresivos los ojos y á flor de la cara, frente despejada y pura, nariz regular y aguileña, un ligero bozo negro y rizado en la barba.

Aquel rostro, encontrado en otro sitio que no fuese una cárcel y en otras circunstancias, hubiera producido una impresión favorable. He encontrado á centenares ese tipo entre los obreros y los alumnos de las escuelas públicas.

Era de estatura regular, delgado,

con las pocas carnes de la juventud, muy esbelto, y no tenía veinte años aún.

Su tez, enteramente natural, anunciaba buena salud: era fresca, sonrosada, y no palideció ni siquiera en el momento de entrar nosotros en su celda.

Habia dormido tranquilo toda la noche.

Mientras le quitaban la camisa de fuerza, levantó los ojos; su respiración era regular, profunda, como la de un hombre que sube despacio por una montaña.

Una ó dos veces sacudió el pelo con un movimiento de cabeza, como para expulsar una idea importuna; después echó atrás la cabeza, miró arriba con rapidez, y exhaló un suspiro casi imperceptible.

Aparte de estos movimientos fugaces, nada delataba en él, temor, ni aun inquietud, ó una emoción cual-



quiera. Sin duda ninguna, todos nosotros estábamos más pálidos y agitados que él.

Cuando le sacaron de la camisa de fuerza las manos, se las llevó al pecho con una sonrisa de satisfacción, mientras desataban las correas por detrás; los niños pequeños hacen el mismo ademán cuando los desnudan. En seguida se quitó él mismo la camisa, para ponerse una limpia, abrochándose con mucho cuidado el cuello.

Era un espectáculo extraño el seguir los movimientos amplios y sueltos de aquel torso desnudo, de aquellos miembros desnudos que se destacaban sobre el fondo amarillento de las paredes del calabozo.

En seguida se calzó las botas, golpeando en el suelo ruidosamente con el tacón y la suela, para que entrase bien el pie. Ejecutó todos esos actos menudos sin alterarse por nada, alegre, como si hubieran ido en su busca

para sacarle á paseo. Callábase, y nosotros nos callábamos también, mirándonos y encogiéndonos de hombros.

Estábamos absortos por la sencillez de aquellos movimientos, sencillez elegante, como todos los fenómenos tranquilos y naturales de la vida.

Uno de los presentes, á quien volví á encontrar por acaso el mismo día, me dijo que mientras estábamos en la celda de Troppmann, le parecía que no nos encontrábamos en 1870, sino en 1794; que no éramos simples ciudadanos, sino jacobinos; y que conducíamos al patíbulo, no á un asesino vulgar, sino á un marqués legitimista, un tacón rojo...

Se ha notado que, en general, cuando los sentenciados á la pena de muerte oyen la sentencia, caen en un estado de insensibilidad próximo á la catalepsia, como si quedasen ya muertos antes de su ejecución; ó se las



echan de plancheta y arrostran la muerte á fin de hacerse valer; ó se desesperan, lloran, tiemblan y piden perdón... Troppmann no pertenecía á ninguna de esas categorías. Su actitud sorprendió al mismo M. Claude.

Confesaré igualmente que si Troppmann hubiese flojeado, mis nervios no habrían resistido, y me hubiese marchado de allí. Pero á la vista de aquella actitud firme, sencilla y modesta, todos mis sentimientos—el de repugnancia que me inspiraba el asesino, el monstruo que había degollado á unos niños pequeños mientras gritaban: «¡Mamá, mamá, mamá!»—y el de conmiseración por el ser humano á quien iba la muerte á tragarse—todos esos sentimientos se desvanecieron y se anegaron en uno solo: ¡el asombro!

¿Cuál podía ser el sostén moral de Troppmann? ¿Representaba un papel delante de *espectadores*? ¿Nos daba la

¿última representación ¿Provenía de un valor innato aquella sangre fría? ¿Era el amor propio excitado por las palabras de M. Claude, el orgullo de esa lucha que era preciso sostener hasta el fin, ó algún otro sentimiento que no podíamos comprender?

Es un secreto que llevó consigo á la tumba. Varias personas están convencidas de que Troppmann no gozaba de la plenitud de sus facultades mentales. El inepto asesinato, en masa, que nada explica, parece confirmar esa opinión.

## IX

Quando hubo concluido de ponerse las botas, enderezóse Troppmann y se sacudió, diciendo:

—Estoy dispuesto.



Volvieron á ponerle la camisa de fuerza. M. Claude nos rogó que dejásemos al preso á solas con el sacerdote.

Apenas habíamos pasado dos minutos en el corredor, cuando ya estaba ante nosotros el delicado joven, con la cabeza animosamente levantada y el talle erguido. El sentimiento religioso era débil en él; cumplió como una mera formalidad esta última ceremonia.

El sacerdote pronunció fríamente la absolución.

Todos nosotros, con el reo en medio, subimos la estrecha escalerilla de caracol que habíamos bajado un cuarto de hora antes. De pronto, nos vimos sumidos en impenetrables tinieblas; la lamparilla se había apagado. Fué aquel un momento de indescriptible confusión. Nos lanzamos todos arriba, empujándonos, se oía el retumbar sonoro y precipitado de nuestros pies

en la escalera. Ibamos apretados, chocando hombro con hombro. Uno perdió el sombrero y se enfadó soltando un terno: «¡Ajo! ¡Una vela, luz!» Y entre nosotros, en aquella profunda oscuridad, iba nuestra víctima, nuestra presa, aquel desventurado.

¿Y dónde estaba? Si le viniese en gana aprovechar las tinieblas, valerse de su agilidad con la energía de la desesperación pudiera huir... ¿A dónde?

No importa á dónde, á un rincón de la cárcel... y allí romperse la cabeza contra la pared... ¡Por lo menos, se hubiese hecho justicia á sí mismo! No sé si los otros tenían estas ideas; en todo caso, mis conjeturas eran sin fundamento. Todos salimos del dédalo de la escalera al corredor, con el delicado joven en medio de nosotros.

¡La guillotina no perdía su presa! Entonces comenzó la procesión hacia el cadalso.



## X

Aquella procesión fué más bien un desorden. Troppmann iba delante, con paso ágil, elástico, casi alegre: se daba prisa. Nos habíamos puesto al mismo paso que él. Algunos trataban de adelantársele á derecha é izquierda, para verle la cara por última vez.

Habíamos atravesado el pasillo corriendo, y bajado del mismo modo la segunda escalera.

Troppmann saltaba las escaleras de dos en dos, nosotros volamos á lo largo de otro pasillo y después de haber saltado algunos peldaños, nos encontramos en la pieza donde habíamos sido introducidos al principio y que no tenía más muebles que un taburete.

En este asiento se hacía el último aseo personal del condenado.

Habíamos entrado por una puerta, y por otra situada en el lado opuesto salió con paso serio y sosegado un hombre vestido de negro y con corbata blanca. Hubiérase dicho que era un diplomático ó un pastor protestante: era el verdugo. Seguíale un vejete con gabán negro: era el primer ayudante del Señor de París (1), el verdugo de Beauvais. El viejo llevaba en la mano una bolsa de cuero.

Troppmann se quedó inmóvil ante el taburete, nosotros nos habíamos detenido al mismo tiempo, agrupados en torno suyo. El verdugo y el ayudante se habían colocado á la derecha; junto á ellos, el sacerdote. El director y M. Claude, á su izquierda.

El viejo abrió la bolsa por medio de una llave y sacó varias correas

(1) *Monsieur de Paris* llaman al verdugo de la capital de Francia.



blancas con hebillas; se arrodilló detrás de Troppmann, no sin trabajo, y comenzó á atarle los pies. El reo había puesto involuntariamente el pie encima de una de las correas; el viejo se esforzaba en volver á cogerla y dijo por dos veces «dispense V.» antes de permitirse tocar á Troppmann en la pantorrilla para llamarle la atención.

Volvióse éste, y con un semisaludo cortés, levantó el pie y dejó libre la tira de cuero.

Mientras tanto, el sacerdote leía á media voz en un libro de oraciones en lengua francesa.

Los otros dos ayudantes del verdugo quitaron con precipitación la camisa de fuerza, cogieron los brazos de Troppmann, le ataron las manos á la espalda, poniéndoselas en cruz, y rodearon de correas todo su cuerpo.

El verdugo de París daba instrucciones, señalando con el dedo, á la

izquierda, á la derecha... No habían hecho en las correas agujeros para los ganchos de las hebillas; el viejo buscó primero en la bolsa, después en los bolsillos y, al cabo, sacó de ellos una lezna encorvada. Quiso hacerla entrar en el cuero, pero ya no le obedecían los dedos hinchados por la gota; el cuero era duro y nuevo. Lograba con trabajo hacer un ojete, y cuando quería pasar el gancho no entraba; vuelta á hacer otro ojete al lado... Notando el sacerdote que las cosas no iban del todo bien, decía con más lentitud las preces para dar tiempo al viejo.

Cuando por fin hubo terminado esta operación, durante la cual confieso que un sudor frío me bañó el rostro, comenzaron otra nueva.

Dijeron á Troppman que se sentase en el taburete, y el viejo gotoso se puso á cortarle el pelo. Primero sacó unas tijeritas y, haciendo muecas con



la boca, cortó con atención el cuello de la camisa del condenado, de esa misma camisa de fuerza que acababa de ponerle con tanto esmero y que tan fácilmente hubiera podido cortarse antes. Pero la tela era gruesa y se resistía al instrumento cortante.

El verdugo de París vigilaba esos preparativos y no parecía satisfecho; no era suficiente abertura, necesitábase del ancho de la mano. El viejo gotoso volvió á empezar y cortó otro gran pedazo de tela.

Quedó al descubierto la parte superior de la espalda, mostrando los omoplatos. Troppmann los levantó: hacía frío en aquella estancia. El viejo la emprendió con los cabellos. Puso una mano hinchada en la cabeza del joven, quien la bajó sumiso al instante; cortaba con la mano derecha.

Los mechones de pelo, de un rubio oscuro, se deslizaban por los hombros

y caían al suelo: un rizo rodó hasta mis pies.

Troppman tenía siempre inclinada la cabeza, con resignación; el sacerdote rezaba aún más despacio.

Yo no podía apartar la vista de las manos del reo, manos enrojecidas por sangre inocente y ahora puestas una sobre otra sin movimiento.

Pero, sobre todo, fijábanse de preferencia mis ojos en aquel cuello blanco y delicado, cuello de niño: mi imaginación dibujaba en él involuntariamente una línea transversal.

Por ahí (pensaba)... dentro de algunos minutos... pasará la pesada hacha desgarrando las vértebras, cortando los músculos y los nervios... Este cuerpo no parecía esperar tal destino... ¡Era tan joven, tan blanco, tan pulido, tan lleno de vida!

Y me preguntaba á pesar mío: ¿En qué piensa en este momento esa cabeza inclinada? Acaso piensa sin ce-



sar, apretando los dientes: «¡No, no decaeré!» Quizá ve girar en torbellino recuerdos del pasado. Tal vez vuelve á ver alguna de sus víctimas, en las convulsiones de la agonía. Puede ser que esta cabeza se diga á sí misma: «Esto no es nada aún, luego veremos...» Y se lo repetirá hasta que la muerte descargue sobre ella y no haya medio de eludirla...

El viejo seguía cortando. Los cabellos chillaban entre las tijeras... También esta operación tuvo término. Levantóse Troppmann y sacudió la cabeza...

En ese momento, los condenados que aún tienen fuerzas para dirigir la postrera súplica al director de la cárcel, es cuando suelen entregarle el dinero que les queda y suplicar que pague las deudas que tuviere. Dan gracias á sus carceleros y encargan á las personas presentes que hagan llegar la última carta ó un mechón de

pelos á sus parientes más allegados... Troppmann no era de esa categoría, desdeñaba tales «sentimentalismos». No pronunció una palabra, y esperó con un mutismo tranquilo.

Le echaron sobre los hombros una chaqueta corta; el verdugo le agarró del codo.

—Vamos, Troppmann—dijo monsieur Claude, en medio de un silencio sepulcral.—Llegó el supremo instante; dentro de algunos minutos todo habrá concluido. ¿Persiste V. en sostener que tuvo cómplices?

—Sí, señor, persisto —respondió Troppmann; y su voz agradable y firme de baritono no se había alterado nada.

El reo acompañó estas palabras con un ligero saludo, como si sintiera no responder en otro sentido, para satisfacción de su interlocutor.

—Pues bien... ¡Vamos!—dijo monsieur Claude.